

CAPITULO IV

LA PROVIDENCIA

I.—La Providencia.—La Religión.

I

«Dioses oriundos de un Dios, vosotros de quien yo soy autor y padre, mis obras son indisolubles, porque así lo quiero. Todo lo que es compuesto puede disolverse; pero es propio de un malvado querer destruir lo que es bueno y forma una bella armonía. Así, puesto que sois nacidos, no sois inmortales ni absolutamente indisolubles; mas no seréis disueltos y no conoceréis la muerte, porque mi voluntad es para vosotros un lazo más fuerte que aquellos con que fuisteis unidos en el instante de vuestro nacimiento.»

Así, pues, el Cosmos no subsiste por sí mismo. Si Dios lo ha producido, es porque ha comprendido que su obra sería buena: destruirlo fuera condenarse á sí mismo. El acto productor es, pues, al mismo tiempo, conservador, y comunica al mundo, si no la eternidad, á lo menos la imagen de la eternidad en la duración infinita de los siglos.

Pero sin la voluntad de Dios nada subsistiría, ni siquiera el alma. No vale decir que el alma es simple;

su simplicidad no es la verdadera unidad. Como todo lo que no es Dios mismo, el alma es una cosa múltiple, no física, sino metafísicamente. Esto basta para darle un carácter de dependencia; y, para que esté unida al ser de un modo indisoluble, menester es que el ser mismo la retenga y la ligue por la potencia de su voluntad.

¡Cuán «ridículos» son, por consiguiente, los que reconocen la existencia de Dios; pero se imaginan «que desprecia los asuntos humanos y no se digna ocuparse de ellos!» «Los cuidados de los dioses se extienden lo mismo á las cosas pequeñas que á las grandes... Los dioses, ¿ignoran que sus cuidados deben extenderse á todos y su negligencia trae origen de su ignorancia; ó, conociendo que sus cuidados son necesarios á todo, se niegan á darlos, semejantes á esos hombres despreciables que, sabiendo que pueden hacer algo más de lo que hacen, no lo hacen por amor al placer y por temor al dolor?—¿Cómo habría de ser así?... —Todos los seres mortales pertenecen á los dioses, como el universo entero. Dígase después de esto todo lo que se quiera, que nuestros asuntos son pequeños ó grandes á los ojos de los dioses; sería contra toda verosimilitud, en uno y otro caso, que nuestros amos, siendo muy atentos y muy perfectos, no se tomasen ningún cuidado de nosotros.»

En las cosas pequeñas es donde Dios se muestra más grande. «Es más difícil ver los objetos pequeños que los grandes, oír los sonidos tenues que los fuertes... A más de eso, los que se encargan de una administración cualquiera, no pueden despreciar los objetos que son pequeños y poco numerosos sin que redunde en perjuicio de los más importantes; porque, como dicen los arquitectos, las piedras grandes nunca

se colocan bien sin las pequeñas. Por lo tanto, no hagamos á Dios la injuria de ponerlo á nivel más bajo que los obreros mortales; y en tanto que éstos, á medida que van adelantando en su arte, se aplican cada vez más á perfeccionar, por los solos medios de este arte, todas las partes de su obra, no digamos que Dios, que es más sabio, que quiere y puede cuidar de todo, desdenea las cosas pequeñas, á las cuales le es más fácil proveer, como pudiera hacer un obrero indolente y perezoso, repelido por el trabajo, y que sólo presta atención á las cosas mayores.»

Deduzcamos, en última conclusión, que la Providencia vela sobre todas las cosas, tanto más, cuanto que hay una Idea de todas las cosas, «aun de las más viles y miserables». Hay una relación continua entre Dios y el hombre, y merced á la presencia de Dios subsistimos, vivimos, obramos. Si así es, estamos ligados á Dios por los beneficios que nos prodiga; y debemos, á cambio de estos beneficios, unirnos á él por la justicia, la santidad y el amor. Este lazo entre la Providencia y el hombre es la religión.

II

¿De qué naturaleza es este lazo? ¿Cómo puede el hombre conciliarse la benevolencia divina? Hay dos especies de piedad ó de santidad. La una consiste en prácticas exteriores, en homenajes interesados, con los que el vulgo espera seducir á Dios. Se basa en una supuesta analogía entre los dioses y los hombres: el antropomorfismo. Hay una piedad muy distinta, interior, desinteresada, que busca lo santo porque es santo y no por ser del agrado de los dioses. Esta es la reli-

gión filosófica. «Algunas almas que aquí abajo habitan, y que han recibido la injusticia como patrimonio, adulan bajamente, á pesar de su ferocidad, las almas de los guardianes, ya perros, ya pastores, ya los mismos dueños del mundo, para obtener de ellos, por sus adulaciones y por ciertas plegarias de un encanto irresistible (al menos tal lo parecen en el espíritu de los malos), el derecho de tener más que los otros hombres sin que les acaezca ningún mal. Este vicio, que acabo de llamar deseo insaciable de tener más que los otros, es lo que se llama enfermedad en los cuerpos mortales, peste en las estaciones del año, y que, cambiando de nombre, es conocido bajo el de injusticia en las sociedades y los gobiernos.» Las peticiones egoístas que dirigimos á los dioses, son, pues, esencialmente injustas, puesto que les pedimos que destruyan el orden y la armonía del todo en interés de una de sus partes, y que sean de este modo injustos con los demás. Los señores del cielo y de la tierra, ¿han de ser comparados «á los pilotos que se dejasen ganar por las libaciones y la grasa de las víctimas, hasta sumergir el barco y los tripulantes»? ¿Han de ser asimilados «á los perros seducidos por las caricias del lobo, y que les abandonasen el rebaño para hacer presa en él impunemente»? No; el orden del universo no está á merced de nuestros votos indiscretos y de nuestras peticiones egoístas. La Providencia, imparcial, no se deja seducir, y da á cada uno según su mérito, no según sus instancias.

La superstición reposa en una falsa idea del orden universal, de la Providencia que lo preside, del Dios infinitamente bueno que ha formado el mundo. Atribuye á Dios los vicios y las pasiones de la humanidad; toma en serio todos los relatos de los poetas, tales

como Homero y Hesíodo, corruptores de la verdadera religión.

Los poetas no han comprendido el carácter esencial de la Divinidad; para ellos, Dios no es el principio del bien, porque lo hacen también principio del mal. Según Homero, Dios mete al azar la mano *en el tonel de los bienes y de los males*, y esparce el todo entre los hombres. Pero nosotros, que sabemos que Dios es el Bien en sí, guardémonos de constituirle en principio del mal, porque no sería entonces la Idea pura del Bien, del Bien sin mezcla; no sería la Idea suprema donde se balla todo lo que las demás Ideas tienen de positivo, sin las negaciones que éstas incluyen. «La primera de las leyes y reglas sobre las cosas de religión prescribirá, por consiguiente, reconocer que Dios no es el autor de todo absolutamente, sino sólo del Bien.»

De la misma manera «nadie deberá representar á los dioses como encantadores que toman diversas formas y nos engañan con mentiras de palabra ú obra». Porque, en primer lugar, Dios es la Verdad misma, puesto que es el principio de las Ideas, sin las cuales nada es inteligible. Además, no puede cambiar de forma, porque no puede llegar á ser ni más ni menos perfecto. Es, por consiguiente, inmutable en el Bien y en la Verdad. Nada es más impío que la piedad vulgar, que atribuye á Dios la movilidad de nuestra naturaleza.

Luego, no hemos de decir que la santidad consiste en lo que es agradable á los dioses, y que su voluntad, indiferente ó caprichosa, es la que hace lo justo ó lo injusto, el bien ó el mal. Para el vulgo, el santo es el que agrada á los dioses; para el filósofo, el santo no es grato á los dioses, sino porque es santo en sí mismo y por esencia.

Nada más contrario á la teoría de las Ideas que la doctrina que hace dimanar el bien y el mal de la libertad de indiferencia atribuida á Dios. Hasta se puede decir que esta doctrina es la antítesis absoluta del platonismo. La Idea, en efecto, es algo esencialmente determinado, puesto que es el principio mismo de la determinación. La Idea es la naturaleza de las cosas, en cuanto necesaria, absoluta y eterna. Si, pues, hay actos justos, piadosos y santos, hay una justicia y una santidad absoluta, cuya esencia, para siempre determinada, es inaccesible al cambio. La santidad, la justicia es Dios mismo, que comprende en sí todas las Ideas, y que no podría cambiarlas sin destruirse á sí mismo. Dios no es, pues, la indiferencia y la indeterminación absoluta que crea las esencias por un acto arbitrario é irracional, ó por una especie de fatal expansión. La indiferencia es la materia, que puede llegar á serlo todo y que no es nada. Atribuir la santidad y la justicia á una potencia indeterminada por sí misma y que se determina sin motivo, es confundir los dos polos opuestos de la teoría de las Ideas: el Bien y la maseria, el Ser y el no-ser, la Unidad y lo indefinido.

Si, pues, se entiende por libertad la potencia indiferente, Platón dirá que Dios no es libre, y que semejante indiferencia, suponiéndola posible, provendría de la materia, no del Bien. ¿De dónde nos viene á nosotros mismos nuestro libre arbitrio? De que la sombra de la materia que cubre, en parte, nuestra alma, la impide contemplar en todo su resplandor la pura luz del Bien. ¡Si la esencia eterna se revelase á nosotros, qué amor no inflamaria en nuestros corazones! Toda indiferencia desaparecería de nuestra naturaleza, y nuestra alma se determinaría en todos sus actos, á ejemplo de Dios mismo. ¿Sería esto la pérdida

de la verdadera libertad? No, sería su triunfo; ¿se es esclavo cuando se posee el bien, cuando se es el bien mismo y cuando se obra con una independencia absoluta, conforme á su propia naturaleza, no á una voluntad extraña? Tal es la libertad de Dios, la Idea misma de la libertad, excluyendo toda determinación del seno de la sustancia perfecta.

El santo es, pues, santo por sí mismo, toda vez que no es otra cosa que Dios. Y si Dios ama al santo, es porque se profesa á sí mismo un inefable amor. El objeto amante y el objeto amado no forman más que una sola cosa en el Primer Amable; pero al pensamiento humano le es dado distinguirlos y conservar su orden lógico.

La consecuencia de esta doctrina es que la moral tiene su principio en Dios y que es idéntica en lo absoluto á la religión. Pero éste es un punto de vista metafísico que no quita á la moral su independencia científica que, por el contrario, se la asegura. Porque lo justo, es justo en sí; la razón humana, una vez en posesión de esta idea, puede sacar todas las consecuencias que ella da de sí, y llegar á reglas absolutas, independientes de las formas diversas que pueden tomar las religiones. Platón ha dicho en el *Euthyfron*: hay una santidad que resulta de la naturaleza esencial de las cosas, una Idea de la santidad, superior á las religiones, que las juzga, las condena ó las absuelve, lejos de ser juzgada por ellas. Pero el filósofo, que se remonta á la cima de la escala dialéctica, no dejará esta Idea de lo justo en su soledad; la reducirá á su primer principio, que es Dios mismo, y hará así coincidir en lo absoluto estas tres cosas relativamente distintas: la moral, la metafísica y la religión.

En consecuencia, la verdadera piedad es la justicia

misma; todas las virtudes morales se hacen religiosas, reduciéndose á su primer principio, á la Idea del Bien en sí. La semejanza con Dios es la virtud, y la virtud es hija del amor. El que ama el orden, la verdad, la belleza eterna, éste es *amado de los dioses*, dice Platón en el *Banquete*. El misterio del amor, que describe Diótimo, es, por consiguiente, el misterio de la religión y también el de la Providencia. El amor, ¿no es el genio que une al cielo con la tierra, descendiendo de Dios al hombre, ascendiendo del hombre á Dios? Amándose á sí mismo, Dios ama el Bien y ama también todo lo que ofrece la imagen del Bien. «Lo que es bueno, ¿no es bienhechor?» Toda cosa participa, por consiguiente, de una manera misteriosa del amor de Dios, al mismo tiempo que del Bien. De aquí la Providencia. A este amor responde, necesariamente, el nuestro, puesto que nuestra esencia es amar lo bueno. Cuando nuestro amor hacia el Bien tiene conciencia de sí mismo y se reduce voluntariamente á su principio, entonces se producen la virtud, la santidad, la piedad, y esta respuesta interior del hombre á la Providencia, que se llama la Religión.